

AUNQUE ES DE NOCHE\*

**A**LZÓ LA CABEZA Y ESCUCHÓ, TAL VEZ PASOS, UN TINTINEO, voces pero ya nada se oía, tras la gruesa madera la noche estaría espesándose en el frío y el silencio, aquellos ruidos no habrían sido más que ilusión de los sentidos corporales que a veces nos engañan alzando fantasmas y monstruos ante los sentidos del alma, decía en Salamanca el doctor Hernández que estas ilusiones nos prenden más fácilmente en la alta noche, cuando la fatiga nos toma en vilo y hállase nuestra fantasía suelta entre el velar y el dormir y haciendo sonido y figura de las cosas que nos rodean, ya el chasquido de la madera, ya el oscilar de la llama del velón, ya la ropa abandonada en la silla,

y volvió a escribir, escribía: *Nec oculus vidit, nec auris audit, nec in cor hominis ascendit, quae preparavit Deus iis qui diligunt illum*. Lo que Dios tiene aparejado para los que le aman, ni ojo jamás lo vio, ni oído lo oyó, ni cayó en corazón ni pensamiento de hombre,

y ahora sonaron, sí, sonaron en la puerta un golpe y otro y otro, haciendo retremblar el quicio y se diría que las paredes, quién, preguntó Juan, el corazón retumbándole en el pecho como un eco de los golpes en la puerta, la mano quieta en el aire, no como si sostuviera la péñola sino como aferrándose de ésta que hubiera quedado en el aire fija, y una gota de tinta ha caído en el papel, y esta vez, sin duda, atrás de la espesa madera que del otro lado retiene a la noche, han sonado leves choques metálicos y voces, el invisible puño nuevamente ha golpeado, suena una voz más alta:

abra el frailuco, sabemos que dentro está, y sentía Juan que la bestezuela del corazón escapárase quería del pecho, subir a la garganta, saltar por entre los dientes, y sonaban los golpes en la puerta, caía la cal del dintel, cedió de pronto el cerrojo, se abrió la puerta rebotando contra la pared y dejó ver, antes de que el velón se apagara, una robusta pierna calzada de cuero, levantada aún en el acto de la patada, y

parpadeando velozmente Juan se levantó, quería y no quería mirar, veía en el marco de la puerta, tenuemente bañado por la luna, un escarpado y movedizo perfil de bultos oscuros sobre los cuales o se alzaban hachas y lanzas y guadañas o acaso eran las estrellas que hubieran descendido a semejar puntas y filos de metal,

quiénes sois, dijo, y por qué tántos y en tal violencia, gente de Dios y de paz somos, dijo una voz desde la ba-

lumba de oscuras figuras que avanzaban hacia Juan en un grupo que se desparramaba rodeándolo, se apretaba en torno suyo, lo tomaban de los brazos, lo sujetaban del cordón del hábito, le ataban las manos por delante con una ruda sogá, echándole al rostro los cálidos alientos, de quiénes eran estos rostros apenas distinguibles, ¿Pedro? ¿Miguel? ¿Alonso? ¿Ignacio? ¿Tomás? ¿Bartolomé? ¿Isidro? ¿Blas? ¿Guzmán? ¿Ginés? ¿Martín? ¿Gonzalo?, pero la cobarde luz de la luna dejaba innostradas las caras borrosas, las narices aquillinas o romas, los ojos huidizos o inquisitivos, los mentones lampiños o barbados, y sintiendo Juan un mareo en el tumulto de las voces bajó la cabeza y vio entre las piernas de todos, ¿vivo?, un lobo gris de ojos amarillos que lo miraba apuntándole con el hocico, y una de las voces dijo:

¿sois Juan de Santo Matía?,  
mi nombre es Juan de la Cruz, dijo,  
no, fijaos bien, dijo el otro y habló como recitando una lección, respondió a lo que os pregunto, os he preguntado si sois Juan de Santo Matía,  
fui de Santo Matía y no lo soy más, dijo Juan,  
entonces, dijo el otro suspirando de impaciencia, sois Juan de Yepes,

ese nombre también tuve, dijo Juan, pero ahora en Dios y para Dios mi nombre es Juan de la Cruz,

no nos entendemos, señor Juan de Nosequé, dijo el otro, digo yo que sois o Juan de Yepes o Juan de Santo Matía, como no sea que su merced se bautice según la ocasión y use de todos los nombres y de ninguno verdadero según suelen hacer buhoneros y egipcianos,

sé quién soy, dijo suavemente Juan, y si el Señor otra cosa no dispone, mi nombre es Juan de la Cruz,

de la Cruz o de Santo Matatía o de Lepe, dijo otro de los hombres, lo mismo da si se apellida del Demonio, no se nos pase la noche en dijós y entredijós, procedamos y sanseacabó, os llamaré entonces Juan de Yepes, dijo el de la primera voz, y en nombre de Dios y de nuestra Santa Madre Iglesia y habiéndolo así dispuesto el vicario general del Carmen, tenes por preso, Juan de Yepes,

y a la claror que metía blandamente la luna los hombres rebuscaban en la casa, ojeaban los papeles, miraban bajo el catre, removían los trebejos, un mozo examinaba el plato de natas enviado por las monjas de la Encarnación, metió allí un dedo, lo chupó diciendo: gollería de teta de monja, riéronle la gracia y casi la rió Juan viendo amofetarse la cara del gañán, pensó: esto que ahora ocurre es cosa de hombres cualesquiera, cosa de hombres del común, ocurre igual que

\* Páginas iniciales de una novela homónima, de próxima publicación en editorial Vuelta.

cualquier día, quíerese decir sin espanto ni disturbio, sin temblor de las cosas ni del universo mundo, y hasta con un poco de risa, como atrevida burla de labriegos cazurros, y dijo: ¿dónde me lleváis?,

eso vuesa merced habrá de saberlo cuando deba saberlo, dijo alguno,

norabuena vamos, dijo Juan, y como unos quisieran calzarle las sandalias, el de la primera voz dijo:

no lo calcéis, ¿no alardea de descalzo?, pues descalzo irá, y en montón salieron y caminaban sobre la apretada tierra entre esqueléticos matorrales que la luna parecía metalizar y veía Juan que iba entre frailes del paño y seglares y gente armada, todo el grupo callado, se oía sólo el sonar de pasos, tintineos y respiraciones, los hombres echaban vaho por bocas y narices, iban agachando la cabeza en la terquedad de la marcha, igualados en el ritmo del andar, paulatinamente convirtiéndose en anónima milicia, y Juan se miró asombrado los pies que salían y se escondían y salían del ruedo del hábito, pies, ¿es esto una palabra?, pies, cuán sin razón ni porqué este ir y venir de los pies, bestezuelas ciegas y afanosas, el alma luego que Dios la infunde en el cuerpo está como tabla rasa y lisa en que no hay pintado nada y así en tanto que está en el cuerpo está como el que está en cárcel oscura, oía el jadear de los hombres, el fuerte resoplar de aquella suerte de ser único aunque numeroso que era el grupo, dijo un hombre: éste tan canijo que se ve, bien duro que es andando, y pensó Juan lo hechas que tenía las piernas y las plantas de los pies a esto de andar, tanto que había andado no siendo más que Juanillo, o siendo Juan de Yepes o Juan de Santo Matía o ya Juan de la Cruz, cuántos pasos caminados en treinta-

cuatro años de su edad, de Fontiveros a Arévalo, de Arévalo a Medina del Campo, de Medina a Toledo, y vuelta a Medina y de allí a Salamanca y otra vez a Medina y otra a Salamanca y de allí a Valladolid y después a Duruelo y de Duruelo a Mancera y de Mancera a Alcalá de Henares y luego a Alba de Tormes y vuelta a Mancera y desde Mancera a Alcalá de Henares y a Pastrana y de Pastrana hasta aquí, a estas tierras de Ávila, y ahora adónde, Señor, acaso no debo ser sino esto, una máquina de Dios andando por la tierra, me decía la madre Teresa: de estos frailecicos andarines necesitamos para fundar y más fundar, un toque húmedo en el tobillo le hizo bajar la mirada y vio que el lobo caminaba junto a él, esquivando las piernas de los apesadores, trotando por entre los fugaces huecos que dejaban los hombres en la traína de la caminata, pero no, esto no es lobo sino mero y gris y trasijado perro, un perro a quien se le ha muerto o perdido el amo y que atesora quién podría decir cuántas hambres, patadas, pedradas, mordiscos, si lobo parece es porque su dura vida ha ido enlobeciéndolo de hocico a rabo y pelo por pelo y vuelven a ser sus dientes dientes de lobo, aunque ahora, según viene aquí pegando el frío hocico a nuestros tobillos, aún quiere rendir acatamiento a los hombres, persistir en su evanescente ser de perro, recuestar un hueso o un mendrugo o una caricia o quizá el puntapié que le motive la rebelión y le justifique el retorno al puro lobo, y mirad lo que aquí tendríamos, un lobo desnudo entre los hombres, pero no, por ahora la mirada del animal era humilladiza e interrogona, la mirada de un perro que tras recorrer calles y callejas de Ávila, siempre abierta la boca y colgándole la lengua, nada de comer había encontrado por más que hozara en rincones y basureros, sólo



*Líneas cruzadas con un laberinto*

hallaba el olor a harina de la ciudad, pero los olores no alimentan, y finalmente había salido al campo y a la noche a buscar ilusorios conejos o liebres o perdices, y ahora, tan máquina de hambre que hasta había olvidado el hambre, viendo venir aquel grupo de hombres que para él caminaban erguidos, nobles, como hermanos, envolviendo en calor y amor a un frailecico descalzo, sintió en sus entrañas perrunas el ánimo del vasallo y pensó, o lo que sea que en un perro pueda llamarse pensar, pensó mendigarles un mendrugo o un hueso que roer, y si ellos se lo daban, de allí en más juraría que él también era máquina de Dios, pero calla, alma mía, o lo que sea que en un perro pueda llamarse alma, que si hablaras pondrías a éstos en gran espanto, qué escándalo, un perro parlante, abominación del demonio, monstruo jamás visto ni oído, el mundo al revés, me patearían y apedrearían y escaldarían con agua hirviendo, más vale dejar que las cosas corran por su curso, y un hombre disparó una patada y el perro a su vez se disparó chillando, se detuvo a buena distancia y con la más triste mirada de perro que aún no se ennoblece volviendo a la lobedad vio alejarse a los hombres, norabuena vayan, y echó a trotar, de mis soledades vengo, a mis soledades voy, y puede ser que no volvamos a saber de su rastro, que para los animales no hay lugar en la Historia, la Historia es el monopolio de los hombres, los animales no hacen Historia ni ganas de hacerla tienen, métense los hombres la Historia por donde les quepa o sea por donde el sol rara vez brilla.

y Juan alzó la mirada y vio la cerrazón de nubes detrás de la cual debía estar girando la gran máquina de las estrellas, joyas de Dios moviéndose como las esparcidas piezas de un reloj inmenso que no lograran juntarse, acoplarse, rehacer el reloj, y es que acaso no sean lo mismo el tiempo del Señor y el tiempo de los hombres, no sabemos si pensar esto es blasfemia o herejía, lo decimos en voz muy baja y si aun así fuéramos oídos, negaríamos haberlo dicho o siquiera pensado, y podrán algunas almas pensar que Dios las lleva por este camino de la noche purgativa del espíritu, y no será por ventura sino por alguna imperfección de las mismas, y

eran violentas las respiraciones, el grupo se expandía y apretaba entrecuchando los hombros, subían en zigzag la pendiente norte de las murallas, uno se quejó del frío y otro hizo pasar de mano en mano una bota de vino que orinó el morado chorro de boca en boca, las gargantas bebiendo con anheloso gurgureo, y en silencio ofrecieron la bota a Juan, hipocritón, anda y bebe, que bien te regalarás de vinazo a escondidas, y Juan primero rechazó la bota y luego se dijo: Señor, qué soberbia la mía, y solicitó la bota y mientras bebía oyó a otro decir: y bien que se regalán éstos, que son legión los santurrones de mentirijillas que la pasan como sultanes moros cebándose de gollerías, bebiendo a morros y calentándose la cama con la mula del diablo a la que motejan de sobrina, y el de la primera voz dijo: callen esas bocas desmandadas, que esto no es jolgorio, y continuaban subiéndolo, rodeando la muralla, a Juan le palpitaban las manos estranguladas por la soga, y entraban en la ciudad, piedras más grandes y redondas pasaban bajo los pies, se apretujaba más el grupo andando entre los muros de las casas, entraban en el convento de la Observancia, los recibía el padre Maldonado, prior de los carmelitas calzados de Toledo, que podría pensarse alguna consideración tendría para los descalzos, pues se hallaba en Ávila

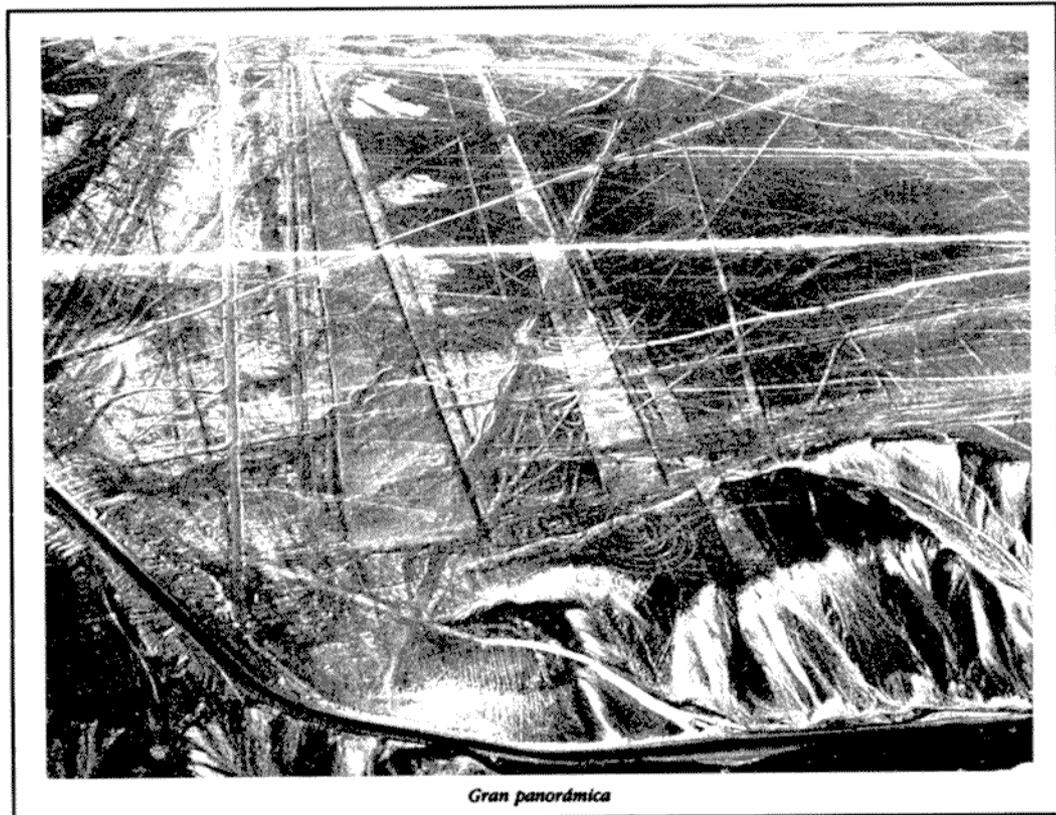
para absolver a las monjas de la Encarnación que estaban por la madre Teresa,

y ya de todas partes del convento acudían frailes y novicios, algunos bostezaban arrancados al sueño, los habían llamado a presenciar la llegada de la oveja negra, allí estaban las blancas ovejas formando círculo en torno a Juan, arrebatándose a codazos el lugar para observarlo, y Juan se esforzaba en mantenerse erguido allí en el patio y en el corro de miradas, mientras la voz salmodiada del prior desgranaba las palabras como trasladando aburridamente del latín un texto, enumeraba las torpezas y desobediencias de fray Juan de la Cruz, su contumacia orgullosa en creer que la orden y a través de ésta la Iglesia toda habían de ser reformadas, rehechas de pies a cabeza, de acuerdo al capricho de la cerra madre Teresa, de un frailecico encandilado, haciendo hasta con nuestro Rey quién sabe qué políticas, cuando la única política concebible, la probada por todos los tiempos pues fundada en la piedra de la eternidad, era la de los Padres, y cómo era posible que estos dos extraviados fundaran conventos dondequiera, ¿por mala ventura pensaban que el fuerte edificio de la Iglesia y su divina fábrica esperando estaban a que un par de trotacampes descalzos sin pies de plomo y con la cabeza a pájaros la derribaran para luego volver a edificarla como tabladillo de feria?, no, grave, funesta equivocación, duradera más allá de los evos es la roca de la Iglesia, mirad, mirad, hermanos y novicios, pónganse las cosas en su medida y proporción, seamos mesurados y prudentes, este hombruco no es ni será el primero ni el último en tales extravíos, en todos los tiempos ha bregado la Iglesia con hombres ilusos y levantisco que desde el seno eclesiástico mismo como la serpiente desde su huevo atentan contra ella, sabed hijos y hermanos míos que aquí mismo en Ávila, quizá en esta misma porción de suelo que pisamos, en otros y lejanos tiempos usurpó la sagrada misión de obispo uno que no era menos que herético, y vaya que era un gran cacho de herético, ya habréis colegido que hablo de Prisciliano, a quien en mala hora parió esta noble tierra abulense, pero qué dice este hombre, dijo Juan dentro de Juan, si Prisciliano era más gallego que la gaita, no, continuaba el prior, nunca debió aceptar esta tierra a quien ya era un rebelde de tomo y lomo, pero comprendamos, hermanos, tiempos eran aquellos en que estaba tierna nuestra Iglesia, aún no entendían sus comisarios el plan entero, el dibujo, el designio que para la eternidad había trazado el dedo de Dios, ergo, Prisciliano, hombre de sutil política y muchos dineros, que suelen ser más sutiles los dineros que la política, sedujo voluntades, conciencias, almas, pero como os digo había también santísimos y prudentes varones en aquella Nuestra Madre Iglesia que desenmascararon al entrañado enemigo, de modo que con toda su ascendencia, riqueza, verbo fácil y ponzoñoso, hubo el herético de pagar con creces su taimada empresa, y qué habría de decirnos más, he aquí a nuestro noramala famoso fray Juan de la Cruz, miradlo, no daríais por él dos maravedíes, verdad, ¿y este desmedrado hombruco, que no tiene donde recibir una media bofetada, pretenda cargar sobre tan canijos hombros la tarea de dizque enderezarnos a todos en la regla del Carmelo, y acaso por el hilo ir al ovillo y rehacer a la Iglesia toda?, ¿éste?, ¿este Senequilla de la triste figura, escuerzo de la andarina madre Teresa?, pero vamos, ea, tiene gracia, ¿qué se habrán creído estos avezuchos de tempestad?, ¿por desdicha piensan que luteros y

calvinos ya echaron mano a las llaves de San Pedro?, ¿creerán, pregunto, creerán que está la Iglesia dormida y que podrán ellos tomarla por asalto?, pues no, pues no, pues no, ea, aun si cayeran las últimas columnas del templo, aun si las aguas del diluvio amenazaran ahogar a todos los hombres del Señor, aun si un solo hombre quedara para defender la fábrica de Cristo y este solo hombre fuera el pecador de mí, digo que no, con ayuda de los cielos no lo consentiré, ¡de rodillas!, ¡de rodillas, Juan de Yepes o de Santo Matía o de la Cruz!, no sois aquí pastor sino descarriada oveja, ¡de rodillas!, humildad y contrición, y sepan cuantos presentes se hallan qué enmienda el error merece,

y el prior requirió dos fuertes novicios diciendo: Ponedlo genuflexo, y los muchachos plantaron las manos en los hombros de Juan obligándolo a caer de rodillas, le desnudaron la espalda rasgándole el hábito, y alzaron varas en las manos, y: aquí comienza mi prueba, dijo Juan dentro de Juan, quiera mi cuerpo no desfallecer y que ni una gota de este cáliz de dolor sea derramada fuera de mí, Señor, humillado para Ti soy, herido para Ti soy, las muchas aguas no podrán apagar el fuego del amor ni lo ahogarán los ríos, ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre Tu brazo, porque fuerte como la muerte es el amor, y su fuego ardiente brasa, y al silbido de la primera de las varas el frío le lamio

la espalda, el golpe relamagueó en sus carnes, y la otra vara ya se alzaba y caía silbando, una y otra vez y otra, silbando, siempre otra vez silbando, y pegaba en la espalda de este animal que iba siendo Juan, de modo que, dolor y sólo dolor más allá de la piel, el golpe y el silbido se propagaban por la carne en ondas crecientes, llegando hasta los huesos, hasta el umbral del alma, y pensó Juan en su madre, pensó en la madre del perro, en la madre del lobo, pensó: ¿Dónde estás señora mía que no te duele mi mal, o no lo sabes señora o eres falsa y desleal, y pujaban los castigadores en la faena y la voz del prior silabeaba: *Sí quis videtur inter vos sapiens esse in hoc saeculo, stultus fiat up sit sapiens, sapientia enim huius mundi stultitia est apud Deum*, y se ceñían las varas a la piel, se iba la piel tras las varas, se abría la espalda en surcos de fuego, ardiente brasa, y empezó Juan a gemir, bestia acezante, y Juan dentro de Juan clamaba porque su cuerpo se olvidara de su cuerpo y hubiera más dolor y más y más, y terminado el castigo encerraron a Juan en una celda en cuyo jergón un hábito de calzado abría las mangas proponiendo un abrazo y como sonriéndose, y quedó Juan en pie venciendo el vértigo a fuerza de cerrar los ojos y morderse los labios, el llanto desbordándole los párpados y bajando a salarle los labios,



Gran panorámica